

Tiempo de esperanza

1. El tiempo de Adviento con el que la Iglesia comienza su nuevo año litúrgico es, ante todo, un *tiempo de esperanza*. Unas breves semanas dedicadas a preparar la venida del Señor. Nuestro Dios viene a estar con nosotros, viene a apoyarnos y a consolarnos; viene a recordarnos que nos ama. Que quiere que nos reconciliemos con Él y entre nosotros. Viene, en definitiva, a llenarnos de paz.

La expectación de esta venida, se despliega en un doble plano. En el primero dirigimos nuestra mirada al gran misterio de la Encarnación. Dios que se hace hombre por amor nuestro y nace pobre y humilde en Belén. El segundo plano lo forma el retorno glorioso de nuestro Salvador al final de los tiempos. Una inquietante venida, acompañada de signos terribles, que no sabemos cuándo será, pero que ciertamente ha de ocurrir y tenemos que prepararla bien.

2. A esto se refiere san Pablo en la segunda lectura que acabamos de escuchar. El Apóstol quiere que los fieles de Tesalónica estén unidos por el amor, *hasta el día en que venga nuestro Señor Jesús, en compañía de todos sus santos*¹.

Jesús, en el Evangelio, también nos habla de esta segunda venida y de las disposiciones con que hemos de afrontarla. Cuidado con dejarnos llevar por *los vicios, la embriaguez o las preocupaciones de esta vida*², nos dice. Supe que la semana pasada, en un colegio cercano, un psiquiatra mexicano de prestigio internacional, impartió una interesante conferencia a los padres de familia con este elocuente título: *La era de los excesos*. Esa es nuestra realidad. Estamos, hoy día, sometidos a una fuerte presión a la destemplanza. El fenómeno no solo afecta a las clases más acaudaladas, sino a todas. La obesidad infantil, por poner un ejemplo, se da en amplios segmentos de nuestra sociedad.

Ante ese panorama, qué oportuna resulta la gran propuesta que el Evangelio resume en una sola frase: *¡velen, pues, y hagan oración continuamente!*³

3. Podríamos ilustrar esta actitud de vigilancia acudiendo a una sencilla comparación. Imaginemos –seguramente los habremos comprobado más de una vez en la universidad o en alguna otra institución educativa- a un excelente profesor. Uno de esos hombres o mujeres que aman con pasión la asignatura que imparten. Y ponen en la enseñanza todo su empeño: son puntuales, ordenados, respetuosos de sus alumnos, acuden ejemplos atinados y expresivos... Pero, precisamente por todo eso, son también muy exigentes.

Imaginemos ahora a dos estudiantes. Uno holgazán, superficial, atolondrado... que casi no asiste a clase, que no se molesta en tomar apuntes ni hace las tareas, que ni por asomo se ocupa de conseguir la bibliografía recomendada... El otro, sin ser “matado”, es

¹ Segunda lectura, 1 *Tesalonicenses* 3, 12.

² Evangelio, *Lucas* 21, 34.

³ *Ibid.* 36.

responsable, se interesa por la materia, no se pierde una clase, estudia un poco cada día, incluso profundiza yendo más allá de lo estrictamente indispensable.

¿Qué ocurrirá el día del examen final? Pues, obviamente, que uno estará aterrado mientras que el otro permanece relativamente tranquilo. Para uno el examen es un momento de angustia, mientras para el otro es un reto atractivo, la gran ocasión de demostrar al maestro lo agradecido que está por los conocimientos que le ha transmitido.

4. Pues así podríamos ver tanto la segunda venida del Señor al final de los tiempos, con el juicio universal que lleva consigo; como el encuentro con Él, en nuestro juicio particular tras el momento de la muerte. Jesús será, para nosotros, como ese buen profesor, más aún, como el gran amigo que espera con ilusión que le demostremos que hemos aprendido la asignatura, que hemos valorado el empeño que puso en nuestro bien.

San Agustín insistía en que si recibimos con gozo su primera venida en la Navidad, no tenemos por qué temer la segunda venida en la Parusía. La clave está, insisto, en que seamos cada vez más conscientes del gran misterio de amor que nos envuelve en este tiempo de Adviento, en la próxima Navidad y durante toda la vida. Decía san Bernardo en una famosa homilía: *Hermanos, a ustedes, como a los niños, Dios les revela lo que ha ocultado a los sabios y entendidos: los auténticos caminos de la salvación. Mediten en ellos con suma atención. Profundicen en el sentido de este Adviento. Y, sobre todo, fíjense quién es el que viene, de dónde viene y a dónde viene; para qué, cuándo y por dónde viene.*

5. Volvamos al evangelio de san Lucas: *¡velen, pues, y hagan oración continuamente!* Si procuramos hacer un poco de oración con los textos de la misa de estos días, nuestras almas se irán iluminando cada día como la gran corona de Adviento que tenemos delante. Y en la próxima Navidad, lo mismo que en el momento de nuestro tránsito a la vida eterna, estallaremos de gozo al encontrarnos con Jesús, nuestro hermano, *el Gran Amigo que nunca traiciona*⁴ como le llamaba san Josemaría.

Que la Virgen de la Esperanza, la Virgen embarazada de Jesús, nos acompañe en estas breves e intensas semanas.

Francisco A. Cantú, Pbro.

Santa Fe, Ciudad de México a 2 de diciembre de 2018.

⁴ SAN JOSEMARÍA, *Camino*, n. 88.